

Pensando los bordes del liberalismo en Benjamín Ardití

Leandro Ezequiel Marasca

leandro.unvm@gmail.com

Universidad Nacional de Villa María, Universidad Nacional de Córdoba

Pensando los bordes del liberalismo en Benjamín Arditi

Resumen

En el siguiente trabajo nos proponemos a pensar el populismo como la periferia de la democracia desde la lectura de Benjamín Arditi, llevando a cabo una reseña del trabajo, escrito por el autor mencionado, *La política en los bordes del liberalismo*, publicado en 2017. Ciertamente es que el populismo vendría a ser la arista negativa de la democracia y/o aquel lugar al cual no se debería llegar. Para el autor hay tres niveles de populismo, los cuales tendrán cierta conexión con la democracia representativa liberal, en la cual, el último nivel es el que pretende ser un problema, el de la posibilidad de un gobierno autoritario, que de manera demagoga atrae al pueblo distraído e inocente. Por ello es que nos proponemos pensar estos niveles de populismo y su relación directa o no con la democracia. Cuando se piensa en populismo, necesariamente, ¿se piensa en democracia?

Palabras clave: populismo; democracia; liberalismo; autoritarismo; borde/desborde

Discusión

Benjamín Arditi escribe *La política en los bordes del liberalismo* en un contexto de tensión sociopolítica, cultural y económicamente presente en las últimas décadas en el mundo entero, pero principalmente en Latinoamérica, debido a lo que algunos autores han denominado "giro a la izquierda" o "ruptura populista"¹. Ciertamente es que Arditi va más allá de lo que representó la caída del Muro de Berlín para las izquierdas del mundo, las críticas e impresiones a la idea del fin de la historia como colapso total y el fracaso de las recetas neoliberales; sino que se trata de "un conjunto de ensayos que exploran formas de pensar y hacer política en una zona gris, donde los presupuestos liberales son interrogados, y en la que el encuentro entre estos presupuestos y sus desafiantes *otros* crean formas políticas híbridas" (p.15). De manera concomitante a la comprensión de estos hechos, el autor se pregunta qué capacidad tienen las izquierdas para plantearse, no solamente marcos políticos de revolución, sino para reinventarse en correspondencia con las demandas de un mundo cambiante. Las izquierdas, indica Benjamín Arditi, han traído nuevamente a la agenda política principios como la igualdad y la solidaridad, pero ya no desde un libreto esencialmente marxista, por lo que se evidencian mixturas de pensamiento y de acción políticas, y no económicos.

Vale aclarar que este libro es una composición de artículos publicados en diferentes momentos de la literatura teórica política, que giran en torno a lo que Arditi llama los bordes del liberalismo y que los agrupa en tres grandes rubros: *identidad, diferencia y universales; populismo y democracia; agitación, revolución y emancipación*. Concentrándose sobre todo en el segundo aspecto (populismo y democracia, temas afines a mi tesis doctoral). Podemos hipotetizar que, desde un enfoque interdisciplinario, Arditi profundiza y amplía la discusión entre populismo y democracia sin el afán de configurar escenarios prescriptivos ni normativos, sino más bien de comprender lo que sucede en varios países (haciendo foco en Latinoamérica) en donde la manera de entender y practicar la democracia liberal procedimental está en proceso de reconfiguración y existe una clara disputa por la hegemonía entre diversos actores políticos.

Sin que el afán del autor sea proponer un concepto de populismo, sostiene no obstante que:

es un rasgo recurrente de la política moderna, uno que puede aparecer en variantes democráticas y no democráticas, y que esta recurrencia tiene que ver con temas claves del discurso populista, tanto las nobles como las más desagradables... Se trata de la invocación del pueblo, la crítica a las élites y a la corrupción, el imaginario participativo, el papel de líderes políticos fuertes y la impaciencia con las formalidades del proceso político (p.127).

El autor esquivo tanto los análisis que encasillan al populismo en un adjetivo o en una visión apocalíptica, como los usos peyorativos del término por parte, por ejemplo, de los medios de comunicación. Arditi parece abrir el debate sobre las relaciones que se configuran entre un fenómeno de la política (el populismo) y un tipo de régimen (la democracia, pero con orientaciones liberales procedimentales). Para lograr tal propósito, entra en debate con Margaret Canovan², quien había dicho, a manera de metáfora, que el populismo es una sombra, ante lo cual Arditi manifestará que prefiere la figura del invitado incómodo. Canovan asiente que el populismo tienen mayores posibilidades de aparecer

¹ Laclau, Ernesto (2007). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

² Canovan, Margaret (1999). "Trust the People Populism and the Two Faces of Democracy". En *Political Studies*, N° 47: 2-16.

como una sombra cuando existe una brecha entre la democracia pragmática y la democracia redentora, es decir, entre los procedimientos liberales que las instituciones democráticas defienden y reproducen en el sistema político, y la promesa redentora que la democracia es por y para el pueblo. Parafraseando a Canovan, el populismo emerge cuando los procedimientos se instrumentalizan y sobredimensionan, perdiendo de vista lo simbólico, las aspiraciones y el significado que tiene para el pueblo un régimen que viene de la mano con una promesa: *el gobierno del pueblo*. Aclaremos a nuestro entender, que Canovan no divide la democracia en dos, sino más bien trata de construir una imagen de la democracia como una moneda de dos caras.

A diferencia de la autora, Arditi hace énfasis en las complejidades que habitan en la relación entre populismo y democracia, sin que ello signifique optar por una postura ambigua o permanecer en un punto neutral, sino una que identifique las tensiones y también contradicciones entre este fenómeno y el tipo de régimen. Por ejemplo, "la reivindicación democrática es parte del imaginario populista, aunque la persistencia de sus variantes autoritarias es un recordatorio de que debemos mantener la cabeza fría y reconocer que su relación con la democracia es compleja y a menudo tensa" (p.126).

Más que una sombra, el populismo, bajo la lectura propuesta por Benjamín Arditi, apuesta en algunos momentos por la inclusión y la defensa de elementos democratizantes, mientras que por otro lado y en sintonía con ciertas coyunturas de disputa electoral o gestión en el gobierno, saca a relucir su lado oculto: el autoritarismo, la sobredimensión de la figura del líder y la actitud reverencial de las masas hacia el conductor de la promesa redentora. Recurriendo a su metáfora se dirá que el populismo actúa como un invitado incómodo para la democracia, sobre todo en América Latina, debido a que ingresa y sale cuando quiere y sin invitación previa por parte del sistema político; pero ello no significa que abra la puerta con el afán de sustituir este tipo de régimen, cuando si de introducir ciertas variantes que generan resistencia a los defensores de la democracia liberal procedimental y republicana. Aquí el populismo apela por la no mediación de las instituciones entre el líder y el pueblo. Donde antes habrían fracasado los criterios institucionalizados de la representación política, el populismo privilegia la actuación discrecional del gobierno, respaldada por el apoyo popular; acepta la personalización de la política y la generación de un estilo confrontador, con la intención de provocar un escenario de suma cero, es decir "están conmigo o contra mí", vulnerando de este modo el pensamiento diverso.

Si bien la postura de Arditi se concentra, en alguna medida, en la emergencia del populismo debido a una crisis de representación como respuesta a la incapacidad o a la negativa de las élites para responder a las demandas del pueblo (p.130), su tesis tampoco se distancia de la propuesta de Canovan, pues la crisis de representación sería un síntoma de la democracia pragmática. No obstante, nos permitimos considerar que el populismo emerge, la mayoría de las veces, en contextos de crisis y tensión, lo cual lo constituye como un fenómeno reactivo. El invitado incómodo de Arditi, porque no respeta los modales civilizados o convencionales de la mesa de la democracia liberal, tiene la posibilidad de convertirse en un espejo para la democracia, como sostiene Panizza, porque muestra todas las imperfecciones de esta "en un descubrimiento de sí misma y de lo que le falta"³.

³ Panizza, Francisco (2009). El populismo como espejo de la democracia. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

En esta perspectiva, el populismo tendría una dualidad (democratizante/no democratizante) como manifiesta Arditi, que no logra sustituir la democracia por otro tipo de régimen, ya que llega bajo la potenciación y ampliación de los derechos políticos, pero pugna por ampliar la democracia con la inclusión de los derechos sociales y articular de otra manera la representación política. Aun así, el populismo corre el riesgo de generar un contrasentido: la sobredimensión del líder, olvidándose de la trayectoria política de los actores que le acompañan y le sostienen. Por tal manifestación es que Arditi sostiene que el populismo puede resultar un invitado incómodo, ya que enfrenta a la democracia pragmática y a quienes la interpretan como algo exclusivo y referente a los derechos políticos en una especie de versiones minimalistas: elecciones libres y competitivas.

Respecto a lo que venimos analizando, Arditi justamente piensa al populismo a través de tres modos en que puede presentarse este fenómeno. El primero establece una relación de interioridad entre populismo y democracia concebida a nivel de régimen político; especialmente allí donde la personalización de las opciones electorales juega un papel importante, donde los medios de comunicación establecen una inmediatez virtual entre candidatos y electores, y donde la rapidez de los eventos que enfrentan los gobernantes les da una creciente autonomía en relación con el cumplimiento de sus promesas electorales. En esto la representación populista es prácticamente idéntica a la de cualquier otro grupo político de las democracias liberales. Creemos que hoy en día, en democracias representativas mediatizadas, es cada vez más difícil ver el populismo como un *afuera* de la política democrática, pues aparece más bien como un modo de representación mediática.

Hay una segunda modalidad del populismo (de la que veníamos hablando anteriormente) que es un poco más problemática, pero no necesariamente externa a la democracia, y es el hecho de que el populismo no suele demostrar gran paciencia por las formalidades del proceso judicial ni la toma de decisiones a través de comités, de especialistas, reuniones, etc. Hay una tendencia a ver en esto una especie de estorbo, de camisa de fuerza para la expresión de la voluntad popular. Dada su inclinación por la política del pueblo en las calles como mecanismo de presión a las instituciones, su ocasional desapego de las formalidades legales del proceso político y el carácter áspero de sus *modales de mesa*, el populismo es evidentemente parte de la cara redentora de la participación democrática, de la promesa democrática de realizar la voluntad popular. Sin embargo, la aspereza de la movilización populista hace que entre en tensión con la visión liberal de la democracia que ve justamente a la democracia como inseparable de los procedimientos institucionales normados por un apego al Estado de derecho. Esta segunda variante del populismo ya no se da tanto a nivel de régimen político como conjunto de instituciones, sino más bien se monta sobre el imaginario de la participación democrática, es decir, la idea de democracia como expresión de la voluntad popular. El populismo aparecería así como una suerte de expresión no adulterada de la voluntad popular. Metafóricamente, el populista funciona como el huésped incómodo que hace chistes de mal gusto o que decide orinar en el jardín en vez de ir al baño. Para el anfitrión no es fácil deshacerse de él dado que es un huésped, parte del sistema de relaciones sociales aceptadas, pero se da cuenta que incomoda la presencia de él dentro de la casa.

La tercera variante o modalidad del populismo es decididamente antitética a la democracia: es su némesis. Es evidente que el populismo no es autoritario ni democrático en sí mismo, pues puede ser uno u otro, pero cuando predomina el principio de la infalibilidad del líder, cuando toda disidencia a sus dictados es vista como traición, cuando el control verticalista de las bases anula toda expresión autónoma de éstas, cuando la

oposición es tildada de antipatriótica, y cuando todo amarre institucional es visto como una limitante para la voz del pueblo encarnada en sus portavoces populistas, ese es el momento en el que el camino del populismo se bifurca del de la democracia y cada uno sigue por cuenta propia.

Entonces, si estamos dispuestos a pensar seriamente el sentido del término populismo y no usarlo simplemente como insulto aplicable a nuestros adversarios políticos, entonces debemos tener bien presente que cuando hablamos de populismo nos estamos refiriendo a por lo menos tres modos de darse el fenómeno. Esto impide establecer, de una vez por todas, el carácter democrático o anti-democrático del fenómeno. Esto convierte al populismo en un espectro de la democracia, algo que puede ser una visita benigna u ominosa.

Conclusión

Concluyendo nuestro punto de inflexión, decimos que Ardití intenta demostrar que no hay una relación de exterioridad pura y simple entre democracia y populismo como sugieren los críticos conservadores, para quienes la democracia es liberal o no es democrática. Ciertamente es que sectores progresistas de nuestra región vieron al populismo con buenos ojos en la medida que tenía un discurso anti-imperialista y, en el caso de Argentina y Brasil (por ejemplo), fue el vehículo para la incorporación de los desposeídos en la esfera política. El caso es que el carácter democrático de las experiencias populistas no puede establecerse a priori. En tal sentido, *La política en los bordes del liberalismo* da cuenta de las fronteras, así como de las suturas que el individuo y la sociedad enfrentan en las parejas identidad/diferencia culturales, democracia/populismo y revolución/reinvención de los ciclos políticos, en un contexto de cambios permanentes y cada vez más acelerados.

Bibliografía

Arditi, B. (2017). *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy. *Political Studies*, 47, 2-16.

Laclau, E. (2007). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Panizza, F. (2009). *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: FCE.